



Barnard Lazare

La vida sin temor

Traducción de Rubén Molina Martínez

*...Y hui todo seguido,
humillado por el viento de los misterios fúnebres.*

LÉON DIERX

El viajero había errado durante largas jornadas por las orillas del río, el místico y soberano río cuyas aguas se estremecían aún con el recuerdo de las formas divinas que en él se bañaron en el albor de los tiempos. Había hollado las planicies arenosas y desnudas en medio de las que se extendía el muaré azul pálido de las aguas, y el incomprendido rumor de las olas había mecido su paso, dormido su cuerpo cansado, mientras que su benévolo frescor había, cada aurora, resucitado sus fuerzas.

Tal vez, en alguna conversación al azar, había oído hablar de los tesoros guardados en la profundidad de los bosques vírgenes por la ferocidad vigilante de los enanos, custodios inflexibles de las gemas confiadas a su cuidado, y él se lanzaba a su peligrosa conquista sin que flaqueara su espíritu. La tácita complicidad del desierto alentaba sus sueños, imperturbables ante cualquier ruido insólito, pues el canto de las majestuosas olas esparcía en el aire misteriosas vibraciones, auxiliadoras de sus pensamientos.

Una mañana, el viento cálido y seco de la soledad acalló su áspero aliento, una brisa refrescada por delicados aromas estrechó al viajero, unos suaves labios lo tocaron ligeramente, la caricia de unos tibios dedos rozó su frente, vio los lotos del río abrir aún más su botón sereno. Su nariz le anunció que los bosques estaban cerca, y se apresuró hacia el occidente, guiado por el sol. Poco a poco, los olores se precisaron: mirras brutales, sándalos claros, fragancias esplendorosas; hacia el ocaso, todos los bálsamos del espacio brotaron de perfumadores invisibles, y el Astro, en el nadir, se cubrió de vapores leonados, como un incensario de oro queda envuelto en la bruma de los perfumes que emana.

El horizonte límpido se oscureció, unas telas

violeta se mecieron agitadas por hálitos desconocidos; luego se ensombrecieron, apareció una masa azul que, súbitamente, se desgarró y dejó ver unas brechas rojizas de luz, y, cual lejana tropa en marcha, nítido, surgió el bosque irguiendo sus robles que apuntaban al cielo en el que yacían aún las gavillas alineadas de las nubes.

Entonces, bruscamente, se hizo la noche, perfumada de estrellas; la visión, revelada unos instantes, se replegó en la sombra, y el viajero se acostó a dormir, pues no osaba violar el sueño de la espesura.

Al despertar, se prosternó para congraciarse con los dioses silvestres y penetró bajo la bóveda de ramas entrelazadas. No había sendero alguno que desgarrara con sus amistosos meandros el suelo oprimido bajo el secular humus de las hojas caídas, imbricadas como escamas de bronce; el hombre, interrogando a los helechos indicadores, se adentró en el monte bajo. Caminó durante largo tiempo, inatento al murmullo de la enramada, a la llamada de las fuentes que brotaban, a la invitación de los lagos cuya pupila palpitaba en medio de los claros, a los ruegos del arrullo de las torcaces, a la huida de los gamos que destripaban la maleza. Seguía adentrándose, preocupado tan solo por su meta. A veces, movido por la avidez inicial, apartaba las zarzas bajo las que su mirada inquieta había creído ver el ocelo de la pedrería o el resplandor de metales; luego, decepcionado, se sacudía la maleza de su mano sangrante y retomaba el camino. A su alrededor, el bosque se volvía más espeso, enmarañando sus ramas, uniendo sus copas, robusteciendo las altivas cúpulas de sus frondas bajo las cuales solo se colaba ya una claridad difusa. Ejército cautivo, los árboles se apiñaban, guardianes celosos de la sombra. Erigían sus troncos como un muro de silencio, roto a intervalos por el esqueleto chirriante de un guerrero muerto que tendía sus brazos desnudos y blan-



Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

queados por los excrementos de las aves de presa. La inmovilidad del manto de la verdura acrecentaba la feroz majestuosidad de la selva, y el viajero caminaba bajo un mar inerte. Su espíritu, atormentado por quimeras, poblaba de monstruos ese océano de plomo que oprimía su cráneo, y, cuando un rayo luminoso atravesaba por unos instantes el sombrío entramado, creía ver refulgir el vientre de peces fabulosos.

Proseguía sin tregua, bebiendo el agua durmiente en las oquedades de las rocas, comiendo las ásperas bayas que coronaban los arbustos, ignorante ya de la fatiga, ahora que su piel se había curtido y sus pies se habían endurecido. A veces, sin embargo, cuando se espesaban las tinieblas, se sentaba sobre un tocón yacente y se dormía. Mas, aquella noche, deseoso quizá de unos momentos de olvido, se dejó caer y, bruscamente, se puso en pie: en lugar de la acostumbrada cama leñosa, había sentido, bajo él, el frío del mármol, y volvió la mirada. El suelo estaba cubierto de columnas caídas; emergían aquí y allá frontones medio sepultados, había cipos que se elevaban enguirnaldados con musgo, capiteles desflorados que se ocultaban bajo las hojas; la reja oxidada de un arado, abandonada sobre una piedra, parecía proteger el umbral de un palacio aniquilado. El hombre deambuló entre los vestigios de la ciudad muerta. Su profunda melancolía se armonizaba con los zócalos viudos, con los restos de los arcos de triunfo, desposeídos de las antiguas glorias, con las estatuas derribadas, testigos anónimos de las heroicas gestas, pues el tiempo había corroído su rostro, con los fustes quebrados cuyas acanaladuras rezumaban lágrimas evocadoras de duelos prodigiosos.

Cuanto más avanzaba el viajero, más ruinas se acumulaban. Ahora había pórticos despojados de sus frisos que desplegaban a sus pies los caballos encabritados y las filas de soldados suplicantes. Había pilones coronados por esferas aladas, tem-

plos hipetros —las láminas de bronce de los techados se habían quebrado— que dejaban al descubierto dioses desgarrados por las lluvias iconoclastas, y pilas de pórfido púrpura erizadas por las astas de las plantas acuáticas.

También, a medida que avanzaba, la oscuridad se iba atenuando. Menos densos se volvían los gigantes pelados; cisuras hialinas surcaban la verde espesura y se extendían en pálidas placas sobre las metopas musgosas y los acantos marmóreos; el manto que cubría el suelo se hacía más delgado; los caminos dibujaban su cinta más apagada; había ruedas ladeadas, con las llantas desencajadas, que se incrustaban en las roderas, picos abandonados que clavaban sus puntas en el borde exterior de los fosos estantíos, acueductos que alineaban sus luces a través de las hayas, y, de repente, a lo lejos, apareció una ciudad.

El hombre se apresuró y, por una puerta cuyas hojas se desencajaban, accedió. No hubo perro alguno, agresivo con los vagabundos, que le saludara con ladridos y amenazas, y el conquistador de las joyas místicas sintió su corazón palpitar ante el misterioso aspecto del ensueño que brotaba. Como un rey cuyo renombre causa pavor y ve a las gentes enloquecidas huir de su presencia saqueando sus viviendas, se adentró en los barrios desiertos. Casas resquebrajadas, con la techumbre agujereada, con paredes vacilantes, bordeaban las calles vacías; las escalinatas, con sus peldaños sueltos, parecían haber desaprendido los pasos familiares; los senderos de los jardines adyacentes desaparecían bajo las malas hierbas, y las glicinias de los cenadores dejaban caer sus racimos sobre los bancos esculpidos, privados de las parejas de antaño. No obstante, a pesar de esta viudez de las cosas, el viajero sentía presencias hostiles tras las piedras apesadumbradas y, en los cruces, en los que murmuraban fontanas, aguardaba a los seres que, finalmente, acudieron.

Los vio aproximarse, vestidos con telas empali-



Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

decidas, y su paso lento y vago evocaba sombras prisioneras, retenidas en los lugares que otrora habían amado. Se aproximó, sus dedos rozaron el manto de una mujer cuyos cabellos rubios se esparcían sobre el tejido glauco que ceñía sus hombros, y la mujer, sin estremecerse, sin dirigirle la mirada, se alejó. El viajero titubeó; tal vez, para seguirla, esperaba un gesto de sorpresa o de interrogación. Mas, indiferente, la dama no se volvió hacia aquel que no había alcanzado a ver sus pupilas.

Ante el hombre seguían desfilando los espectrales habitantes y ninguno parecía percibir su insólita llegada. Se mezcló entre los grupos para descubrir alguna palabra; las bocas se mantenían cerradas con obstinación, y, vagamente, comprendió que los caminantes se callaban no para zafarse de demandas indiscretas, sino más bien por su incapacidad de proferir palabra alguna. El miedo se estaba apoderando de él, quería oír una voz, aunque fuera la suya, que rompiera el encanto, que sacara a aquellas formas vanas de su fatídico sueño. Un niño se detuvo y, apoyándose en una estela, se quedó inmóvil: los pliegues de su ropaje se agitaban sobre sus piernas, que no estremecía temblor alguno. El viajero posó su mano sobre la cara inclinada e interrogó al niño. Los ecos dormidos se despertaron y propagaron las sílabas pronunciadas en vibraciones infinitas: el niño no contestó. El viajero alzó el rostro gacho y, aterrorizado, retrocedió: había visto los ojos.

Unos ojos enormes cuyas agudas pestañas parecían no haberse cerrado nunca; unos ojos profundos que ignoraban el velo de los párpados; unos grandes ojos apagados que no miraban; unos ojos vacíos que reflejaban los árboles y el cielo, espejos horribles y plácidos, insensibles al estremecimiento de las dichas, a las arrugas del dolor: ojos impasibles de ciego que vieran. Un pavor sin nombre poseyó al viajero. Sí, la quietud de los estanques en la noche cuando incluso la luna titila, la agonía de las gotas de agua en el cáliz de las

flores venenosas, el pegajoso cristal con el que el pulpo fascina a su presa le habían infundido un terror indecible, pero, ahora, ante el óbito imprevisto de esos ojos vivos, su carne se deshacía de angustia, el aliento de lo inexplicable revolvía sus huesos, y sentía la agonía de lo desconocido. Entonces, enloquecido, apartó de un empujón al niño, que se desplomó como se habría desplomado un mármol pasivo, y huyó. Tropezando con los adoquines de las calles, huyó, topándose con los insensibles autómatas que ahora engrosaban la multitud, enganándose con el terciopelo florido de las pellizas, y su turbación requería los vivaces bosques dejados atrás. Sin aliento, con las rodillas debilitadas y las piernas desfallecidas, se detuvo en una vasta plaza, ornada con columnatas de fustes torcidos; en el centro, solo, había un anciano acuclillado. El viajero lo miró detenidamente: la presencia del solitario consolaba su espíritu demente, al tiempo que despertaba en él emociones fraternales. La súbita tranquilidad que le serenaba no lo engañaba, había reconocido a un semejante y, lentamente, exclamó:

—¡Un hombre!

Ante la exclamación, el anciano levantó la frente:

—¿Qué vienes a hacer aquí, violentador? ¿De qué sórdida búsqueda te vales para profanar la ciudad en que las ilusorias sonoridades están muertas? ¿Por qué perturbas mi sueño, que puebla con su única palpitación estos palacios vencidos y estos pórticos? Vete, has perdido el camino que conduce a los tesoros anhelados.

—Sapientísimo —respondió el viajero—, contesta a la pregunta que te voy a formular, así liberarás mi alma del maléfico desconcierto y quizás me marche tranquilo.

—Habla, máxime si solo con mi respuesta podré alejar tu importuna presencia.

—Dime, asceta, dime quiénes son esos que deambulan por las calles taciturnas. ¿Qué castigo o voluntad los dejó así?



Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

—Escucha, te haré saber la cólera de los dioses ultrajados y el poder de los elegidos a los que aman. Aquí se erguía la orgullosa ciudad de los mercaderes y los escribas, la ciudad de la que fueron proscritos los ritmos reconfortantes y las nobles armonías, la ciudad de los mimos abyectos y de las bailarinas lascivas, la ciudad de las dichas carnales y de los avaros deseos. Vestidos de púrpura y oro, cubiertos de suntuosas y pesadas joyas, los habitantes se regocijaban con la muerte de los aedos y en sus festines promulgaban la inanidad de las supremas esencias; incluso habían levantado un obelisco de basalto y sobre el obscuro símbolo habían escrito que el Misterio no era tal. Un día, un eremita magnificado por misteriosas austeridades, penetró en esta ciudad como tú lo has hecho hoy. Solemne, vino a sentarse en los festines de los ricos y censuró a los comensales ceñidos con corolas frescas. Primero, le escucharon con una indulgente sonrisa; después, removidos por sus palabras, capaces de suscitar en el fondo de algunas almas las creencias aletargadas y reavivar las aspiraciones funestas, alejaron al eremita, y los hijos de aquellos pobres lo persiguieron con piedras afiladas. Entonces, antes de franquear las puertas, aquel a quien pretendían expulsar se volvió hacia ellos: «—¡Oídme —dijo—, blasfemos! Seguid riendo en torno a vuestras mesas rebosantes, seguid riendo ante vuestros abominables lechos: reíd cuanto queráis, pues a partir de ahora no conoceréis más el temor».

»Vaya si rieron aquellos locos, felices de haber conquistado la paz. A partir de ese día, ignoraron los terrores de la noche: el agudo y delicioso escalofrío que se desploma del cielo en las noches sin luna, el suave estremecimiento que se siente al borde de los lagos esmaltados por los cálices de los

lotos blancos semejantes al ombligo de las vírgenes. No volvieron a sentir el divino temor que nace de los bosques fastuosos, ni la dulce angustia junto a las flores que sollozan al crepúsculo, ni la dolorosa emoción que propaga el viento del poniente al alba: no volvieron a sentir el Temor, padre de las dichas sutiles. La trivial turbación misma no volvió a arañar su corazón, y desaparecieron la agitación del jugador, inquieto ante la posibilidad de perder; el miedo del comerciante, que piensa en las flotas lejanas y amenazadas por la mar; el desasosiego del libertino al recordar los posibles males, recuerdo antaño excitante; el secreto terror que vuelve inefable la blasfemia. Con el miedo se esfumó todo júbilo, toda curiosidad, toda tentación, y no hubo a partir de entonces voluntad alguna que despertara del letargo los sentidos embotados.

»Tú los has visto, ¿no es así? Has visto a esos mercaderes y escribas, y sus pupilas heladas han aterrado tu razón. Les has preguntado y no han contestado: la indiferencia ha velado sus ojos y obturado sus oídos. Siguen procreando, no por satisfacción ni por deber, sino para que la maldición del santo al que ofendieron se perpetúe y para que su descendencia pueda, aún por mucho tiempo, atemorizar a los intrusos que se acerquen a ellos, como tú. Y yo, en busca de la soledad y el silencio, dejé los bosques en los que resuenan demasiadas existencias tumultuosas, hallé el refugio en el que mi pensamiento se recoge sin nada que lo perturbe, porque ya no vivo entre los vivos. Déjame, pues, desconocido; tu aliento hostil dispersa mis visiones.

El viajero se inclinó ante el anciano desdeñoso y retomó el camino, guiado por las verdes copas que nuevamente se desplegaban en el horizonte.